

## CARTA A MARIANO LATORRE

Mi querido Mariano:

Fué en la Escuela de Verano de Mills College, California, en el simpático y acogedor ambiente de la Casa Panamericana, cuando recibí la noticia de que el Premio Nacional de Literatura había recaído en su persona. Celebraron el triunfo como si fuera nuestro algunos escritores hispano-americanos que se encontraban también allí dando conferencias sobre diversos aspectos culturales de Hispano-América, entre ellos, el novelista brasileño Erico Verissimo, el ensayista uruguayo Rodríguez Fabregat y el poeta ecuatoriano Carrera Andrade. Todos ellos unidos en un mismo sentimiento de solidaridad se apresuraban a saludarlo. Créame, Mariano, es para mí motivo de sano orgullo el saber que Chile ha correspondido así al esfuerzo literario de una vida—como la suya—dedicada por completo a la expresión real y precisa de todos los rincones de nuestra tierra.

Recuerdo muy bien en 1939 y mientras estudiaba en la Facultad de Filosofía y Letras de Columbia University, en Nueva York, se me presentó el problema de elegir el tema para mi Tesis de Master of Arts. Después de algunas conversaciones con el profesor Federico de Onís, convinimos en que el tema de mi tesis sería un estudio sobre el escritor más representativo de Chile: Mariano Latorre. Nada podía haber sido más halagador para mí que iniciar este trabajo. Desde que asistía al Liceo de Niñas en Santiago leía ya sus libros, debido quizás a la gran admiración que mi padre sentía por su obra. Vino a mi

memoria el día en que por primera vez supo de la presencia del novelista en una de las clases del Liceo Valentín Letelier. Después, ya como estudiante universitaria del Instituto Pedagógico, pude apreciar mejor al escritor y al maestro. La Universidad de Columbia me presentaba, así, la oportunidad de interpretar su obra literaria en su totalidad. Y desde entonces, he venido dedicando todo mi entusiasmo en tratar de analizar su obra y de darla a conocer en el ambiente universitario y cultural de los Estados Unidos. Cumplo con esto, una justa misión: la de expresar el mérito y la calidad de su obra intelectual. Hace apenas dos meses el Instituto de las Españas de la Universidad de Columbia publicó mi ensayo. Este pequeño aporte a su merecida producción literaria me ha llenado de gran satisfacción.

Ud. lleva a la literatura todo el valor humano de nuestro campesino. Sin proponérselo a creado Ud. una escuela literaria: el criollismo. Su nombre es actualmente símbolo de una vida entera consagrada a la literatura; su tenacidad; su porfiada lucha por subsistir a la influencia de un público no educado hacia las cosas de la tierra y alimentado de lecturas europeas, le han dado el triunfo al fin. Como creador de esta nueva literatura campestre, Ud. ha llenado una misión: la de educar el gusto por las cosas de la tierra. Aún antes que Rivera, Guiraldes y otros intentasen la obra que les consagró en seguida, Ud. lanza su novela *Zurzulita*, en 1920, primera expresión extensa y completa de una novela total y absolutamente nueva en el campo literario chileno, creando personajes auténticos del pueblo, sin estilizarlos, dándoles la propia vida que tienen en su medio y haciendo sentir, por primera vez, una honda simpatía humana por su condición. Extrae Ud., se puede decir, de la nada, del marasmo primitivo en donde estaban en agraz, la legión de sus personajes; les da forma artística sin otro modelo que la naturaleza y el medio. En esta pintura fiel de nuestra naturaleza imponente es en donde Ud. culmina sus admirables dotes de ser, como dice David Perry, «unos ojos frente al mar y frente

al paisaje». Ud. ha dado novedad a todo aquello que permanecía silencioso en Chile: nuestras costas, la sierra, la cordillera, la selva, el mar. Con justa razón el juicio del gran crítico literario Omer Emeth es tan acertado: «Los antiguos solían enseñar que en la literatura no se trata de escribir cosas nuevas, sino de dar novedad a las cosas antiguas. Mariano Latorre ha obedecido a la regla tradicional escribiendo con novedad sobre lo más antiguo que hay en Chile: sobre la cordillera de los Andes» (2).

Es su literatura, Mariano, por esto, una literatura afecta a la tierra nativa. Hay en su obra una expresión exacta de tipos y paisajes chilenos. El paisaje es fiel como puede serlo en quien está acostumbrado a vivirlo; los caracteres son reales, como que están tomados de la realidad misma y como agrega Omer Emeth «todo ello penetrado de arte exquisito, resplandeciendo en una serie de cuadros en que el autor derrama a manos llenas el color y la vida» (3).

Nada escapa, pues, a su talento de escritor y a su sensibilidad de artista dentro de esta reproducción del panorama chileno, llámese cordillera, selva, mar, y de la descripción de sus tipos. Así es como van naciendo *Zurzulita*, la bella y expresiva novela del campo de Purapel; *Ully*, deliciosa acuarela del Lago de Llanquihue; *Cuentos del Maule*, lleno de colorido regional; *Cuna de Cóndores*, hermosa epopeya cordillerana; *Chilenos del Mar*, serie de cuadros de la vida marítima criolla, valiente exploración por los canales del sur y el mar donde el hombre, el episodio y la naturaleza se unifican admirablemente; *On Panta*, sabrosa estampa campesina y el recio libro *Hombres y Zorros*, colección de cuentos en que revela una vez más sus admirables dotes de objetividad, dinamismo y calidad sensorial.

(1) «Atenea», mayo 1938.

(2) Prólogo «Cuna de Cóndores».

(3) Omer Emeth. Prólogo de «Cuna de Cóndores». Santiago. Imprenta Universitaria. 1918.

Y por último *Mapu*, documento de arte, de intenso dramatismo cuyo desarrollo tiene lugar en la región sureña.

Mis compañeros de trabajo en la Casa Panamericana me acompañan también en esta calurosa felicitación por tan merecido triunfo. Por mi parte, piense que desde mi cátedra universitaria en Ohio State University, seguiré dedicando muchas horas a la interpretación de su obra para mis estudiantes de la América Sajona.

Afectuosamente

MAGDA ARCE.